

aislado en un medio donde abusos y contradicciones implican una regla general y corriente. Hasta cierto punto sigue defendiendo esa parcela de su biografía marcada por el signo de la marginalidad. La diferencia entre las costumbres del viajero sin blanca que recorre ciudades legendarias dejándose empujar por un ánimo aventurero o singularmente curioso, respecto a las exigencias de oficio que se impone a sí mismo el reportero enviado como corresponsal a cumplir con una labor informativa, estriba en un matiz trascendental: si vagabundos y mendigos han transformado su existencia en efecto de un acto de voluntad a la sombra de París o Londres, los mineros carecen de una mínima capacidad de elección para convertir su drama en una actitud propia, y en absoluta emancipatoria.

En esto consiste lo que Orwell denomina, con añoranza hacia sus años de infancia, *lo infrahumano*, desmenuzándolo con pulcritud y precisión en el seno de *El camino a Wigan Pier*; allí condensa Orwell lo que de aniquilador y formativo aprecia como testigo en la existencia de los seres desposeídos de las ventajas de la civilización; el debate perpetuo entre el individuo atado a unas condiciones impuestas y el ser humano posible en una sociedad equitativa, distinta a la que ha muerto en Birmania o en China, y asimismo *posible*.

Replicando a los estudios de Alain Besançon² sobre este período de la obra de Orwell, cabría preguntarse si esa indignación que el profesor universitario parisino echa de menos en la actitud del escritor político hubiera contribuido a perfilar el retrato de las situaciones que nos ocupan o si, en cambio, el apasionamiento —de haberlo empleado Orwell en su obra— no habría ayudado a tergiversar los hechos recogidos en el libro. Orwell adopta una entonación pacífica y regular, diríase razonable, para centrarse en lo fundamental: la injusticia como un lujo casi coherente en una sociedad moderna y en desarrollo.

Todo ello cobra relevancia en cuanto que Orwell, acaso por sus relaciones profundas con una tradición intelectual de independencia, de la que ha tomado sobre todo el culto irreductible a la libertad —devoción expresada con honestidad, alejada de giros ambiguos y de formalismos amanerados en la exageración—, no preconiza un ideal utópico más allá del que se sugiere en la búsqueda del ser humano libre. Hubiera sido comprensible un proceder contrario, si tenemos presente que Orwell se siente identificado con una facción muy activa del laborismo inglés, que propugna un cambio radical de la sociedad en la esfera ideológica del marxismo. Lo cierto es que no ocurre así, y tampoco puede sostenerse que el relativo parentesco de las alegorías literarias de Orwell con una estética apocalíptica guíe el entendimiento fuera de todo aquello que conforma la identidad del ser humano. Para Orwell, esta identidad podría resumirse en una capacidad consciente de voluntad, de discriminación o rechazo frente a diversas posibilidades.

Orwell se aleja de la especulación como de los proyectos impracticables para una sociedad que se halla necesitada de claridad, conducta que desvela una actitud visceral, casi íntima en el escritor antes que una obediencia mecánica a unos postulados

² ALAIN BESANÇON: «1984: Orwell y nosotros». En *Revista de Occidente*, extraordinario IX, núms. 33-34, febrero-marzo 1984. Págs. 65-78.

políticos o doctrinales. Orwell no es un doctrinario, ni acaso un militante, aunque en ningún caso ignora lo que se desprende de adoptar una postura semejante. Y se encuentra sumergido en un tiempo de feroces convulsiones de dimensión internacional: la consolidación del régimen soviético en Rusia; la conquista del Estado por los seguidores de Adolfo Hitler en Alemania, y la difusión por el resto de Europa de las doctrinas de naturaleza o inspiración fascista.

De otro lado, en la vida de Orwell se produce un serio contraste. El escritor que objetiva o enfría en rigurosas descripciones el apasionamiento que genera en su sensibilidad la contemplación del infortunio de las clases bajas, el desmoronamiento de los conceptos políticos, culturales y morales del imperio victoriano y que observa prudentes distancias respecto a los criterios que consagran en sociedad al intelectual militante y obediente, contrae matrimonio con Eileen O'Shaughnessy, una irlandesa socialista. Poco después de su matrimonio, se produce en España el levantamiento contra la II República que da comienzo a una guerra civil.

La participación en esta contienda será crucial para George Orwell, y acaso el origen auténtico de su labor novelística. A pesar de su condición de casado y de intelectual, cuya firma aparece con frecuencia en periódicos y revistas, Orwell marcha a España a luchar.

Como señala acertadamente Ian Angus, introductor, anotador y comentarista de las cartas y artículos periodísticos de Orwell pertenecientes a este período, el escritor recién casado se dirige a tierra española cuando acaba de entregar al editor Leonard Moore el manuscrito corregido de *El camino...*, lo que sucede poco después de la navidad de 1936. Mediante las gestiones que realiza el *Independent Labour Party* en lo referente al envío de ayudas y voluntarios a las filas de las agrupaciones políticas revolucionarias que se aprestan a la defensa de la República amenazada, Orwell llega a Barcelona el 30 de diciembre del mismo año. Su unidad se integra en las milicias del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que encabeza un intelectual de origen obrero que fuera durante algunos años secretario y traductor de León Trotski, Andreu Nin, joven que se ha distanciado de las posturas de su maestro a pesar de mantener sus críticas hacia las organizaciones de filiación comunista que permanecen sometidas a la disciplina soviética.

Tal vez sea conveniente recalcar en este punto que Orwell desconoce los pormenores de los enfrentamientos políticos que radicaliza la guerra civil en el seno del comunismo. No es una lucha teórica, y ni acaso estratégica. Se trata, en verdad, de una encarnizada guerra propiciada por Stalin, a efectos de eliminar fuera de la gran patria socialista rusa cualquier brote de oposición a su labor y a su mando. Tampoco dispone Orwell de mucho tiempo para informarse de los antecedentes de este conflicto sordo e intestino. En enero de 1937, es destinado con su destacamento al frente de Aragón; los voluntarios ingleses se encuentran ya integrados en las milicias poumistas, que comienzan a divulgar consignas revolucionarias que cifran en la victoria de la revolución el único camino viable para la consecución de la victoria militar en la contienda. Las fuerzas revolucionarias que prestan su apoyo a la causa republicana defienden un principio, antes que un régimen político que en su corta historia se ha destacado por la dureza con que reprimía y obstaculizaba las pretensiones de partidos

y sindicatos obreristas. Sólo el Partido Comunista de España constituye una excepción en este ámbito, donde se encuentran todas las organizaciones revolucionarias que no han tenido la oportunidad de formar parte del Gobierno. El Frente Popular que ganara las elecciones en España el año antes queda disgregado: en tanto el Partido Socialista y el Comunista se inclinan por ganar la guerra a toda costa, los anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), controlada por los líderes de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), vanguardia que propugna la acción armada para establecer la revolución social, y los poumistas, sostienen la urgencia de efectuar cambios democráticos que desemboquen inmediatamente en la conquista del Estado por la clase obrera. Orwell conocerá este choque frontal en abril. Aprovechando un permiso en Barcelona, pretende alistarse en la Brigada Internacional que se encamina por aquellos días al frente de Madrid. Pero no lo consigue. Y asiste a la feroz persecución que desencadenan los comunistas ligados a las órdenes de la Komintern contra anarquistas y poumistas, en Barcelona, durante aquellos meses.

El propio George Orwell ha de ocultarse en Barcelona, a la espera de una oportunidad para escapar de la ciudad y cruzar la frontera sin caer en las redadas que desarrollan los stalinistas, en tanto la propaganda reitera que se trata de una operación destinada a desenmascarar a Andreu Nin y sus seguidores, calificados como traidores y espías al servicio de la Alemania hitleriana; todos estos argumentos, que se alimentaron incluso cuando la contienda había concluido, han sido repudiados por los historiadores... algunos años después.

La situación de Orwell respecto a sus compatriotas, y en particular respecto a los intelectuales, se hace muy comprometida. En ese clima de tensión que ha sido anegado por la violencia y la sangre —Andreu Nin sería asesinado como muchos de sus compañeros, luego de largas sesiones de tortura—, Orwell no es aceptado como un superviviente, sino como un sospechoso. Y como tal, sus explicaciones provocan incidentes y litigios dentro de la élite de escritores convertidos en militantes políticos, y alcanzan una repercusión muy restringida. Cuando se le permite intervenir, lo que no sucede a menudo.

Puede situarse aquí el origen del aislamiento literario de George Orwell en relación a los autores de su época, que paradójicamente impulsa a Orwell a reafirmarse en su objetividad analítica a la vez que le impulsa a la creación de ficciones literarias. Frutos de la primera, títulos como *Homenaje a Cataluña* o *El león y el unicornio*; en consecuencia con la segunda, *¡Venciste, Rosemary!*³, *Subir a por aire*, *Rebelión en la granja* y *1984*, libros cuyo rasgo unificador radica en la honestidad con que el escritor consume una semblanza de los conflictos que le implican tanto en un aspecto personal como en el social. El propio Orwell no es ajeno a numerosas críticas que forman parte de las rebeliones interiores que definen a sus personajes cuando se enfrentan a la adversidad, a su condición.

³ Este es el título de la traducción española (Ed. Destino, mayo 1981) de la novela de George Orwell *Keep the Aspidistra Flying*, que se corresponde con la traducción literal: *Mantén en alto la aspidistra*. En esta obra, la aspidistra representa un símbolo para Gordon Comstock, su protagonista central. La aspidistra, planta de salón muy común en los hogares británicos, no tiene predicamento en España.

Se ha establecido por parte de los estudiosos una estrecha unidad entre dos textos de Orwell separados por un breve período de tiempo: *Homenaje a Cataluña* y *El león y el unicornio*. Orwell comienza la redacción de *Homenaje...* mientras permanece aún en España, aunque continuará este trabajo con otras ambiciones al escapar de la persecución stalinista y *horrizarse* al tener noticia de las versiones que circulan en Gran Bretaña en relación a los disturbios de mayo de 1937 en Barcelona, y a la evolución política que se registra en el bando de la República española.

En un principio, Orwell pretendía una crónica de su experiencia como combatiente. Los acontecimientos modificaron esta pretensión. Y la sorpresa original sobre la que Orwell deseaba profundizar literariamente se transmuta en un alegato de defensa de sus compañeros martirizados, a los que se injuria en el resto de Europa, aunque respaldado en cuanto reivindicación por una sólida descripción de los hechos que él vivió ligada a una meditación crítica donde se mezcla la eficacia con la pasión. Como alegato, defensa y reivindicación, el libro fue rechazado por Gollancz, y aunque fue publicado apenas llegó al público. En 1940, Orwell publica *El león y el unicornio*, donde insiste —sin otra referencia inmediata que el estallido de la Segunda Guerra Mundial— en su idea de alcanzar un socialismo democrático que oponer a las diferentes tendencias de socialismo autoritario que tratan de conquistar a Europa. Es el momento, reitera Orwell en un tono que comunica convicción, y sobre ello el temor de que se repitan fenómenos como los que arrinconaron a los llamados trotskistas españoles.

Numerosos críticos han simplificado las opiniones del escritor con tesis que sitúan a Orwell en la morada de la ingenuidad política. No obstante, lo que en realidad debe llamar nuestra atención ha sido estimado o conceptuado de un modo superficial. Orwell relata su experiencia del autoritarismo en un homenaje que sólo puede ser valorado como ecuánime, sincero y honrado, incluso con el bando franquista, contra el que luchó en Aragón y Cataluña. Orwell refiere asimismo una especie de «conversión» íntima: del idealista que conduce sus impulsos rebeldes y juveniles a la acción, justificándose para sus adentros con el recurso ideológico del socialismo, pasa a desempeñar —por voluntad propia o forzado por las circunstancias del aislamiento intelectual y espiritual ya reseñado— el papel de centinela de una tradición liberal que él traduce a sensato libertarismo. En este punto radica otro de los motivos para repudiar sin fundamento las impresiones orwellianas. A pesar de su fijación «romántica» con las desventuras de sus camaradas poumistas —que son las suyas, trasladadas a un contexto distinto—, Orwell acaba por adherirse en cuerpo y alma al fantasma anárquico y vencido que identifica guerra y revolución, postura que no debe interpretarse a la ligera. En la mayoría de los autores que hablaron contra la guerra y el belicismo después de sufrirlos en su carne se reconoce esta misma creencia, que brota en último extremo como un arranque clarividente, orillando lo poético. Remarque sentenció en *Sin novedad en el frente* que si no llegaba la paz a las trincheras donde se amontonaban los cadáveres destrozados de la juventud del continente, llegaría una revolución. Una revolución que vendría determinada por la locura y el sufrimiento, y que se desarrollaría como una venganza o una pesadilla. Orwell comprende que el ensayo político, militar y humano —o inhumano— acaecido en la